

conducido como prisionero de guerra á Spezzia y amnistiado luego, con motivo del casamiento de María Pía, hija de Víctor Manuel, con don Luis de Portugal.

El gabinete Rattazzi se creyó autorizado, por la corrección con que acababa de conducirse, á pedir por la vía diplomática lo que Garibaldi acababa de pedir por la fuerza de las armas, declarando, en circular de diez de Septiembre de mil ochocientos sesenta y dos, «que la nación entera quería su capital, que el grito de los voluntarios había sido expresión de una necesidad más imperiosa que nunca y que el estado actual de las cosas, verdaderamente intolerable, acabaría por tener para el gobierno del rey consecuencias extremas, que comprometerían gravemente la tranquilidad de Europa y los intereses religiosos del catolicismo». Esta manifestación, acogida con frialdad por Rusia y Prusia, con disgusto por Austria, fué aplaudida por el gabinete británico, simplemente porque ponía en grave aprieto á Francia. ¿Qué haría, en efecto, el Emperador? Sus personales tendencias y los consejos del príncipe Napoleón le llevaban á favorecer á los italianos; pero la emperatriz, Walewski y los jefes del partido conservador le apartaban con todas sus fuerzas de semejante determinación, amenazándole con que la oposición clerical, que se había formado en Francia desde mil ochocientos cincuenta y nueve, podría sustraerle gran parte del país en las elecciones de mil ochocientos sesenta y tres. El Emperador cedió al miedo: llamó á Benedetti de Turín, á La Valette de Roma; dió la cartera de Estado á Drouyn de Lhuys, ministro grato á la Santa Sede, y manifestó al gabinete de Turín que no contase con su concurso para realizar los deseos consignados en la circular de diez de Septiembre. Esta declaración dió al traste el cinco de Diciembre con el ministerio Rattazzi, y Víctor Manuel, abandonado de su protector, hubo de formar un gabinete de negocios y recogerse hasta que amanecieran días más bonancibles. La alianza franco-italiana quedó como rota.

En todo el año de mil ochocientos sesenta y dos y parte del siguiente, el gobierno italiano no pareció ocuparse más que en los asuntos interiores. Durante este tiempo, las grandes potencias fijaron su atención, principalmente, en la insurrección de Polonia y en el arreglo de los ducados, en las cuales cuestiones Napoleón se condujo tan torpemente que se indispuso á la vez con Rusia, Prusia y Austria, en términos de temerse que estas tres cortes reconstituyeran contra él la santa Alianza. En este trance, y no pudiendo esperar nada de Inglaterra, no le quedó más alianza posible que con Italia, y he aquí por qué, en Julio de mil ochocientos sesenta y cuatro, el soberano francés dió otra media vuelta reanudando con Turín las negociaciones interrumpidas en mil ochocientos sesenta y dos. Esta vez, los agentes de Víctor Manuel, Nigra y Pepoli, secundados por el príncipe Napoleón, Benedetti y La Valette, recordaron á Napoleón III su promesa de hacer á Italia libre hasta el Adriático, y como el Emperador objetase que no podía intentarlo sin exponerse á un rompimiento con las tres potencias del norte, hicieronle observar que si Italia

no atacaba, sería un día ú otro atacada por Austria, y que, para este evento, necesitaba de una capital verdaderamente estratégica, como, por ejemplo, Florencia. No opuso inconveniente el soberano francés, y entonces le manifestaron que si los italianos, que deseaban á Roma por capital, debían renunciar á esta satisfacción, justo era darles un ligero consuelo poniendo fin á la ocupación del Estado pontificio por tropas extranjeras. Nada tendría que temer el Papa, porque Víctor Manuel se abstendría de tocar á su dominio temporal y, si fuese caso, lo haría respetar. Napoleón III, dispuesto á dejarse convencer, se rindió á estos razonamientos, concluyendo con Víctor Manuel, el quince de Septiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, una convención, por la que el gobierno italiano se comprometía á no atacar las posesiones actuales de la Santa Sede y aun á defenderlas, y Francia, á retirar sus tropas en el plazo máximo de dos años, á medida que se organizase el ejército de San Pedro. Se dejaba libre al Papa de organizar su ejército como á bien tuviera, é Italia se comprometía á pagar la parte que le correspondiese de la deuda de los antiguos Estados de la Iglesia.

A este convenio, que el Emperador concluyó sin consultar con la corte romana, Pío IX respondió lanzando, el ocho de Diciembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, la encíclica *Cuanta cura*, seguida del *Syllabus*, serie de proposiciones que anatematizaba solemnemente en nombre de la Iglesia, como impías ó heréticas. Esta doble profesión de fe, que parecía exhumada de la Edad Media, era la negación explícita de todas las libertades modernas: condenaba, con una franqueza tan brutal como ingenua, los principios fundamentales del derecho público que había proclamado Inglaterra en mil seiscientos ochenta y ocho, Francia en mil ochocientos cincuenta y nueve y que habían adoptado la mayor parte de los Estados de Europa. Dando un paso más allá que Gregorio VII y que Inocencio III, Pío IX declaraba que el Soberano Pontífice debe ser árbitro de las diferencias entre los soberanos y sus pueblos, que la Iglesia es superior al Estado y que á ella exclusivamente pertenece el derecho de dirigir la educación; reprobaba la doctrina de la soberanía nacional, no admitía la libertad de cultos, ni la de la prensa, ni la de la palabra; reivindicaba para la Iglesia el poder coercitivo; reclamaba para la autoridad eclesiástica, caso de conflicto con la autoridad civil, el derecho de preeminencia; pedía para la Iglesia el derecho de inmiscuirse en la legislación civil, para borrar, por ejemplo, todo lo que pudiese favorecer á los protestantes y á los judíos; condenaba el matrimonio civil, y terminaba su declaración de guerra al espíritu del siglo XIX con estas inverosímiles palabras: «Anatema al que dirá: El Pontífice romano puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna».

El efecto de este manifiesto, que Víctor Manuel aparentó desdeñar, pero que sacó de sus casillas á Napoleón III, fué estrechar la nueva unión franco-italiana. Para calmar la impaciencia de los italianos, cuyo más caro deseo era siempre Roma, Napoleón III se

manifestó dispuesto á facilitarles la adquisición de Venecia, mas no haciendo la guerra á Austria, sino proporcionándoles la alianza de Prusia, que, terminada la guerra de los ducados, tenía prisa de armar cuestión á su rival. Víctor Manuel confió el gobierno á La Marmora, apasionado por la alianza con Prusia, y Napoleón envió de Embajador á Berlín á Benedetti, amigo bien probado de Italia. Á mediados de mil ochocientos sesenta y cinco, Bismarck, creyendo poder arrastrar á su señor á la guerra contra Austria, dirigió proposiciones de unión al gobierno italiano; pero en el momento de ir á sacar la espada, el rey Guillermo, contenido por escrúpulos legitimistas y conservadores, prefirió tratar con Austria, concluyendo la convención de Gastein. En nuevas conferencias que Bismarck celebrara en Biarritz con Napoleón, éste volvió á aconsejarle que se aliase con Italia; el nueve de Marzo de mil ochocientos sesenta y seis, llegó á Berlín el general Govone, enviado por La Marmora, á pretexto de estudiar las fortificaciones prusianas, realmente para tratar con Bismarck, y el ocho de Abril del propio año se firmó el tratado, cuyas cláusulas principales eran: que Italia atacaría con todas sus fuerzas á Austria, después que Prusia hubiese tomado la ofensiva, y si Prusia no tomaba la ofensiva en el plazo de tres meses, el gobierno italiano consideraría como nulo el tratado; que ninguno de los aliados podría otorgar tregua por separado, ni deponer las armas, hasta que el uno hubiese obtenido Venecia y el otro territorios equivalentes en Alemania; por último, que el rey de Prusia proporcionaría á Víctor Manuel un subsidio de ciento veinte millones.

No podía imaginarse Napoleón toda la importancia del servicio que prestara á Italia en las gestiones que practicó para concluir esta alianza. Nada tenía que sacar ya Italia de la cristianísima Francia, astro en el ocaso; en cambio, todo había de conseguirlo de la protestante Prusia, astro naciente. La obra que Napoleón comenzara, iba á concluirla Bismarck. Mas antes de seguir el curso de estos sucesos, relacionados principalmente con el desarrollo del reino de Prusia, la insurrección de Polonia nos obliga á llevar nuestra atención al Oriente, al gran imperio de Rusia.



CAPÍTULO OCTAVO

El Czar Alejandro II—Reorganización de Rusia—Insurrección de Polonia



La revolución de mil ochocientos cuarenta y ocho, Nicolás I había contestado desplegando furiosa reacción contra lo único que en un país desprovisto de ideas liberales puede ser reprimido: los libros y los periódicos, como vehículos de las doctrinas, y las personas que los leen ó escriben, muy especialmente, los estudiantes y profesores de las universidades. Por haber discutido el problema de la emancipación de los siervos y, quizás, el de la supresión de la autocracia, Petrachevski fué condenado á muerte, y sus amigos, entre los que se contaba Dostoiévski, famoso ya por sus primeros romances, á deportación en Siberia. Las juntas de censura, aisladas é independientes entre sí hasta entonces, fueron reorganizadas y subordinadas de manera que se vigilasen las unas á las otras, bajo la alta inspección de la policía política; y ya no hicieron presa solamente en las frases sueltas, en las expresiones sospechosas, sino también, y sobre todo, en las opiniones políticas, históricas y económicas, expresadas ó sobreentendidas, de que pudieran originarse conclusiones acerca de tal ó cual institución, especialmente la servidumbre. Aturdida con las reconvenciones de arriba, la censura se fijaba en puerilidades, como la de prohibir que se hablase de la *majestad* de la naturaleza, por deber reservarse esta palabra para las testas coronadas, ó la de suprimir trozos patrióticos, «por la posibilidad de no ser bien interpretados», al paso que dejaba circular las *Memorias de un cazador*, de Turguenief, la más sangrienta sátira que se haya formulado nunca contra la servidumbre. En las universidades, se disminuyó el número